

Las Malvinas etimológicas

Sé que invado sin derecho terrenos controversiales, donde la etimología es llamada en auxilio de la información sin adjudicarle supremacía sobre ésta (“étimos” son las raíces o vocablos de que *proceden* las palabras de las lenguas). Algunos confunden la procedencia de una voz con su actual significado, si bien a veces la primera puede ayudar a interpretar este último. También la historia será invocada para explicar ciertos datos recientes, no con el fin de legitimar hechos consumados sino para arrojar haces de luz crítica sobre ellos. Y no trato de inculcar preceptos, sino busco suscitar reflexiones.

Así, el verbo “educar” tolera casi una infinidad de complementos: educar para el odio o el entendimiento, para el fanatismo o la tolerancia, para la construcción de puentes o su derribo. Unas y otras metas de la educación serán denominadas “lavado de cerebros”, según la trinchería ideológica en que nos enclaustramos. Esto vale sobre todo si decido escribir sobre palabras concernientes a las **Islas Malvinas**, en un lugar y un momento en los que argentinos y británicos vuelven a encontrarse sensibilizados en alto grado en torno de ese conflicto.

Ocasiones próximas de la elección del tema:

El asunto en tratamiento vuelve a actualizarse con motivo del 30º aniversario de la transitoria recuperación bélica del archipiélago malvinense por fuerzas militares argentinas.

Otra ocasión próxima de recordarlo fue causada por un error en un slideshow, de esos que nos reenvían a menudo adjuntos al correo electrónico. El pps pretendía publicitar lugares más o menos “paradisíacos” del mundo. Uno de los slides mostraba una costa marítima a pleno sol, con un trozo de playa arenosa flanqueada por palmeras y una exuberante selva tropical. Bien destacada en letras blancas sobre la imagen, la leyenda “**Islas Malvinas**”. Por supuesto, se trataba del archipiélago de las **Maldivas** (en inglés **Maldives**), situado en el Océano Índico, al sud-oeste de la India; ex protectorado británico y hoy república autónoma.

El origen de “Maldives” parece perdido en los idiomas mediadores hasta llegar al sánscrito *maladvipa*, donde significó “garland of islands”, guirnalda de islas, bella expresión metafórica para lo que hoy llamamos “archipiélago”, voz esta formada a partir del griego clásico. Pero nuestro interés mayor no navega ahora por el Índico, sino por el Atlántico Sur. Sin embargo, la cercanía geográfica y sentimental a las Malvinas no suele verse acompañada de nociones pasablemente correctas acerca de la nomenclatura que las describe, y por cierto las denominaciones van entramadas con la historia.

Datos históricos sobre islas Malvinas:

Es probable que hayan sido avistadas por alguna nave de la expedición de Magallanes allá por 1520. Un capitán de habla inglesa, John Strong, desembarcó allí en 1690 y designó como **Falkland Sound** al estrecho o canal que separa a las dos mayores. De ahí proviene su denominación actual en inglés, oficializada en casi todo el mundo excepto en los países de habla hispana donde se mantiene la nomenclatura argentina **Islas Malvinas**, e incluso los toponímicos de vieja o reciente asignación en castellano.

El nombre inglés, conferido por el antes nombrado capitán, lo fue en honor de un lord del almirantazgo británico, el escocés Anthony Cary, 5th Viscount of Falkland, que había financiado la expedición de Strong y cuyos méritos no corresponde reseñar aquí. Pero la denominación castellanizada **Malvinas** proviene del francés **Îles Malouines** que les dio Louis Antoine de Bougainville, militar, navegante y explorador a quien recordamos en nuestros jardines por las vistosas flores de la *buganvilia* o *santarrita*. En uno de sus viajes (1764), el conde de Bougainville se topó en esas islas con residentes (marineros, pescadores) en su mayor parte oriundos del puerto bretón de Saint-Malo; la designación geográfica fue derivada, pues, de la que recibieron sus habitantes en el siglo XVIII.

Casi al mismo tiempo, el capitán británico John Byron exploró la isla Saunders, muy próxima al extremo noroeste de la gran Malvina occidental, cuya caleta portuaria llamó Port Egmont, y construyó allí un asentamiento, mientras reclamaba el conjunto de las islas como posesiones del rey George III. España adquirió la isla colonizada por los franceses en 1767 y la puso bajo el mando de un gobernador subordinado a la administración colonial con sede en Buenos Aires. En 1770, los españoles atacaron Port Egmont y expulsaron de allí a los británicos; pero un subsiguiente acuerdo de paz entre ambas coronas convalidó el regreso de los británicos a Egmont. En 1774, forzados por las contingencias que llevarían a la declaración de independencia de las colonias norteamericanas, los ingleses abandonaron las islas sin dejar de reclamar su derecho sobre ellas. España mantuvo allí su gobernador hasta 1806, insistiendo a su vez en sus reclamos de pertenencia.

Luis Vernet, emprendedor de origen francés nacido en Hamburg y radicado en las Provincias Unidas argentinas, obtuvo en 1824 permisos de residencia, pesca y caza de ganado cimarrón en la Malvina del este (Isla Soledad/East Falkland)), en pago de una deuda que el gobierno tenía con él. Estableció allí una colonia, llevó caballos y lanares, rehabilitó varios edificios que se encontraban abandonados y semidestruídos. Empezó tareas colonizadoras e investigaciones científicas para el mejor conocimiento de las islas, que incluían un estudio de los lugares para futuras colonizaciones y posibles producciones; en esto colaboró activamente su joven esposa. La tarea de Vernet activaba zonas comerciales nunca utilizadas antes y además confirmaba la soberanía argentina en el lugar. En junio de 1829 se estableció oficialmente en la Isla Soledad,

cuando fue nombrado *Primer Comandante Político Militar en las Islas Malvinas* por el usurpador del gobierno bonaerense, general Lavalle.

Luis Vernet ejerció el cargo de comandante político y militar aplicándose a la tarea de hacer cumplir los reglamentos sobre pesca de anfibios, realizada de forma indiscriminada por parte de loberos y balleneros extranjeros. El pago del derecho de anclaje era sistemáticamente eludido por los balleneros y los cazadores clandestinos, especialmente ingleses y estadounidenses. En agosto de 1831, tras un incidente con tres pesqueros estadounidenses, Vernet se retiró a Buenos Aires a bordo de la goleta "Harriet" (cuyo cargamento había incautado) con el fin de someter el caso al fallo del Tribunal de Presas.

El cónsul estadounidense en Bs. Aires desconoció el derecho argentino a reglamentar la pesca en las Malvinas. A fines de 1831, personal de la corbeta de guerra "*USS Lexington*" incursionó en Puerto Soledad y cometió hechos gravísimos: se saquearon los bienes y las propiedades, se destruyó el parque de artillería, y los principales pobladores fueron conducidos prisioneros ilegalmente a Montevideo. La acción causó conmoción en Buenos Aires. En junio de 1832, el Encargado de Negocios estadounidense exigió la desautorización de Vernet, la devolución de los bienes incautados por él, y el pago de una indemnización. A su vez, puso en duda la legitimidad de los títulos de soberanía argentina. Ante tales circunstancias, el gobernador Rosas lo declaró *persona non grata* y le extendió los pasaportes correspondientes. Vernet permaneció en Buenos Aires.

Inglaterra volvió a mostrar interés en las islas desde 1829, al verlas como base o escala en el tráfico marítimo hacia Australia y Tasmania. En noviembre de 1832, el capitán de la nave *Clio* partió de Rio de Janeiro con instrucciones de reocupar Port Egmont. Así lo hizo y acto seguido, por su propia iniciativa, el 2 de enero de 1833 se presentó frente a Puerto Soledad, en la gran Malvina oriental. El gobernador bonaerense Rosas había nombrado comandante de las Malvinas al mayor Mestivier, quien embarcó en la goleta Sarandí junto con unos cuantos presos comunes traídos para instalar con ellos una colonia penal en Soledad. Mientras la Sarandí, al mando de su capitán José María Pinedo, recorría las costas de las islas para ahuyentar a pesqueros de otras procedencias, los presos se sublevaron y mataron a Mestivier en noviembre de 1832. Cuando Pinedo regresa, sofoca la rebelión, pero ya en enero de 1833 se le presenta el capitán de la *Clio* intimándolo a entregar el bastión bajo dominio inglés. Pinedo, sin fuerzas suficientes para resistirse, deja que el despojo se consuma y retorna a Buenos Aires. Aquí, el gobierno entabló reclamaciones diplomáticas ante el de Londres pero nada se consiguió. No sólo se carecía del poder naval o militar para respaldarlas, sino que continuaba vigente el endeudamiento argentino con la banca Baring.

En 1840 el gobierno inglés oficializó la ocupación de las Falklands al considerarlas como integrantes de su dominio colonial. No se prosigue aquí hasta nuestros días el espuntar sumario de los hechos concernientes a Malvinas, por tratarse de datos muy conocidos y dramáticos de nuestra historia reciente. El incompleto y seguramente inexacto relato que antecede sólo busca reinstalar ciertos antecedentes del actual problema, pero no supone que estudios históricos mucho más cercanos a la verdad determinen hoy, ética y políticamente, las

ideas y las conductas de las respectivas comunidades: la argentina, la malvinense, la británica ni la internacional. Mientras rotan los acontecimientos y se renuevan las generaciones, cada parte involucrada en el tema se ve confrontada a viejos e inéditos dilemas, o elige la indiferencia. La presente nota no aboga, desde ya, por esta última.

La actual validación humana de los isleños:

Según fuentes oficiales estadounidenses [Index Mundi], la población de las Malvinas estimada para el año 2008 alcanzaba a 3140 habitantes, en ínfima progresión porcentual anual. Quedan para investigaciones ajenas a este sitio las clasificaciones por edad, sexo, clase social, orientación política y otros parámetros socioeconómicos. Aquí se pretende poner de relieve que, más allá de aspectos geofísicos y confrontaciones jurídico-estratégicas, las islas se encuentran pobladas por seres humanos hábiles para establecer preferencias y convicciones.

En su mayor parte son descendientes de inmigrantes de origen británico, casi todos oriundos de Inglaterra septentrional y de Escocia. Hacia 1840 llegaron también unos pocos procedentes de Santa Helena y de Chile. Dos tercios de la población actual vive en la capital Port Stanley, la ciudad más importante de la "isla grande oriental", mientras que el tercio restante se reparte en la occidental Port Howard, en asentamientos rurales y "camps" unifamiliares.

En la Argentina acostumbramos llamar a esos pobladores **kelpers**, con un dejo despectivo. Es probable que ese vocablo esté aceptado entre ellos mismos, sin connotación peyorativa, para autodesignarse. Esta conjetura pide ser refutada o confirmada por fuentes fidedignas. Mientras tanto, no olvidemos que los kelpers también existen y que ese término significa algo así como "*los que viven entre algas marinas o utilizan algas marinas*" (voz **kelper**, de étimo desconocido, atestiguado en documentos desde 1960 para designar a "natives or inhabitants of the Falkland Islands"; aunque se supone su eventual procedencia de **kelp** = "any large brown seaweed" e incluso "the ash of such seaweed, used as a source of iodine and potash" [**Harper's English Etym.Dict. online**]).

En suma: Los fundamentos etimológicos tal vez sean los de menor peso cuando se enhebran argumentos jurídicos en pos del mejor derecho sobre las islas. Todas las "razones" patrióticas, históricas, geoestratégicas y económicas que abonan el reclamo argentino de soberanía territorial sobre ellas tendrán alguna eficacia en los foros internacionales, pero no determinan la presente actitud y conducta que *debamos* adoptar frente al problema; en esto último deciden factores ideológicos y emocionales de ineludible actualidad. Considero imprescindible admitir que allí viven pobladores que han hecho de ellas su patria y su ámbito cultural, por ahora incompatibles con la incorporación a su gran vecina continental. Es legítimo que la Argentina prosiga con sus reclamos. Es bueno que los difunda mediante una sobria publicidad. No está mal que intentemos seducir a los isleños, ya sea enviándoles dulce de leche u ofreciendo establecer un tráfico aéreo pacífico con ellos. Pero los gestos seductivos son inocuos

si no son aceptados; mientras no lo sean, será torpeza nuestra retrucar con el resentimiento un rechazo explicable por la reciente aventura bélica. No todas las llagas de una guerra curan en 30 años.

Mientras tanto, los intereses y los sentimientos ahora en juego alguna vez han de cambiar. Y si esas determinaciones “materiales” se modifican, seguirá siendo irracional e inmoral el uso de la fuerza para inclinar la conveniencia de los malvinenses hacia un acercamiento negociado con una Argentina que también se habrá transformado. La capacidad de verlo así sería el imperceptible fruto etimológico de esta nota.-